



LOS "CLAVELES" DE  
MELANNIA

GEOVANNY DE SOSA

EDITORIAL  
UCR



LOS “CLAVELES” DE  
MELANNIA

GEOVANNY DE SOSA

  
EDITORIAL  
UCR  
2018

863.5  
S718c

Sosa, Geovanny de, 1972-  
Los "claveles" de Melannia / Geovanny de  
Sosa. -1.ª ed.- Costa Rica: Edit. UCR, 2018.  
ix, 150 p.: il.

ISBN 978-9968-46-706-3

1. NOVELA COSTARRICENSE. I. Título.

CIP/3252  
CC/SIBDLUCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.  
Primera edición: 2018.

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA),  
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Pamela Bolaños A.* • Revisión de pruebas: *Euclídez Hernández P.* • Diseño, diagramación  
y control de calidad: *Alejandra Ruiz B.* • Ilustración y diseño de portada: *Marta Daniela Espinoza C.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr  
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: agosto, 2018.  
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

*A mi esposa e hijos,  
quienes han sido, con sumo amor,  
mis primeros lectores.*

*Quiero agradecer primero a Dios,  
por quien he podido hacer camino en las letras.  
Y un hondo agradecimiento a cada lector:  
ustedes le dan sentido a las horas infinitas  
frente a la computadora.*

## PRÓLOGO

*Ven, revive mi pecho con tu calor,  
y arroja el dolor que me hiela.  
No quiero esta soledad poblada de sombras,  
este espacio infinito amedrentando con la nada,  
ausencia apretada de luces vacías y letras sosas.  
Quiero sentir vida.  
Quiero llorar a solas cuando lo quiera,  
no porque me lo impongan.  
Y luego realizarme con tus besos,  
tus caricias,  
dormir en el nido protector de tus regazos,  
sentir la seda de los dedos calmando la tensión en mis brazos.  
No quiero este hielo de tumultos,  
esta compañía solitaria de las masas,  
sinfonía que aturde mis oídos  
y mata mi esperanza.  
¡Basta!  
Déjennos a solas,  
sigan sus andanzas,  
que el sol ya casi sale y nos dará su luz a través de mi ventana.*

(“¡Váyanse lejos!”, Albertto del Alto)



## EL COMIENZO

El equipo local, compuesto por estudiante del colegio Glauco Tenorio Velázquez, llevaba solo un gol de ventaja. Los del colegio visitante, alumnos del técnico Francisco J. Orlich de Sarchí, hacían una presión que ya desgastaba a los rivales. Un centro del delantero izquierdo, fue recibido por la cabeza del goleador, desde su banda. El guardameta no vio el balón, un defensa lo obstaculizó en el salto. El gol cayó en la gradería este como cae un rayo en seco. En la contraria, apenas y pudo soportar al estudiantado sarchiseño dando saltos como desquiciados. Los estudiantes del Velázquez reaccionaron a pocos segundos de la anotación, un abucheo que ignoraron los otros, al parecer. En el campo, los equipos habían vuelto a lo suyo, pero en las graderías se gestaba otro tipo de enfrentamiento, máxime cuando los de Sarchí, en menos de dos minutos, anotaron otro tanto a solo tres del final.

Concluido el tiempo, el árbitro concedió dos minutos de reposición, y esto fue el acabose.

Nadie, ni siquiera todo el personal del Velázquez y los escasos docentes del J. Orlich, habría podido evitar la marea que bajó incontenible de la gradería este. La oeste vio la amenaza y actuó en consecuencia. En todo lo ancho y largo de la cancha de fútbol se inició otro partido... un “partido” de mandíbulas, pelo, uniformes de colegio, pantalones, enaguas y hasta de sostenes. Todo el campo quedó reducido a una vulgar lona de lucha libre, con la tendencia de no haber consideración alguna del sexo “fuerte” hacia el “débil”... y viceversa...

Solo dos minutos. Los dos minutos anunciados por el árbitro fueron usados por los estudiantes para dar rienda suelta a sus instintos agresivos. El director del Velázquez no sabía qué hacer hasta que se le hizo la luz. Sin saber si sus docentes estaban o no interviniendo, corrió para llegar al equipo de sonido colocado de forma provisional en una pequeña tarima, donde un improvisado locutor –un profesor del Velázquez con excelente dicción– había quedado como leña para fogón. Cuando este vio a su jefe llegar, se levantó pensando en el empujón que podría recibir. Pero no. El director le preguntó con la voz alteradísima:

—¿Todavía está encendido el micrófono?

—Eh... sí... —contestó con dificultad.

De inmediato el mandamás desconectó el micrófono de la planta, y el escándalo superó al placer de los puños y al dolor de las narices. Luego, la Junta del colegio se vio obligada a pagar tres de los cinco parlantes que alquiló; por dentro quedaron como si se hubiera organizado una parrillada.

Cuando se hubo cerciorado de haber dado fin al zafarrancho, apagó el equipo, lo encendió de nuevo y tomó el micrófono. Su voz... o mejor dicho sus gritos, casi quemaban los dos restantes:

—¡¡Es suficiente!! ¡¡Esta final queda suspendida hasta nuevo aviso!! —Luego de tomar aire en exceso, ordenó—: A los docentes del J. Orlich: conduzcan a sus alumnos a los autobuses. A los míos: lleven a los estudiantes a las aulas y levanten listas. Apliquen el Reglamento de Evaluación con las máximas sanciones.

Estaba salido de sí y de toda lógica. Los jóvenes, en una gran mayoría, no se hallaban en condiciones de asumir, en el acto, tales consecuencias. El periódico local, *Velazqueño Hoy*, retomaría los hechos y les sacaría el jugo durante varios días. Algunos muchachos yacían tendidos boca abajo, sosteniéndose la cara que les sangraba. Varias adolescentes, en similar posición, cubrían de esta manera, al menos, sus senos pegándolos contra la gramilla, pues blusa y prenda íntima habían desaparecido. A otros se les veía sentados con la cabeza inclinada hacia atrás para tratar de detener la hemorragia de la nariz. Aquellos se sujetaban el estómago. Estos se quejaban de tener algún hueso fracturado. Unos pocos decían no poder mover alguna parte de su cuerpo, con lo cual el director, al constatarlo, desistió de su orden y solicitó la intervención urgente de unidades de la Cruz Roja, tanto locales como las de Sarchí.

El alboroto posterior no fue para menos. Las versiones corrían por la ciudad igual que una buena historia... o chisme, para ser honestos. Padres de familia y el asomo de medios de cobertura nacional fueron los causantes de, una semana más tarde, la incapacidad laboral del director por su pésimo estado nervioso (la colitis fue la menor de las “itis” que lo tumbaron por dos semanas seguidas).

Jamás una final deportiva estudiantil tuvo semejante desenlace. De ello hablarían los protagonistas el resto de sus vidas, y la institución lo recordaría como la página más vergonzosa de su crónica (de hecho, la final nunca se llevó a cabo, una dura sanción para tratar de erradicar esa tonta rivalidad entre el estudiantado de ambos colegios).

Pero no todo fue tan desastroso. Quién no conoce el dicho de “no hay mal que por bien no venga”, pues de una tierra arrasada por la lava brota nueva y más fuerte vida. También un incendio devorador de montañas deja tras de sí el abono para mejores paisajes. Ahora, después de una sacudida de sesos o removida de costillas, ¿puede surgir algo que valga la pena? Pues sí. A veces se requiere de un ojo morado para dejar de ver hacia el lado erróneo y voltear al que más nos conviene con el ojo sano. Así pasó ese día para algunos. O tal vez para unos pocos. O quizá para dos o tres... Bueno, la cantidad no es sinónimo de calidad... otro dicho popular, ¿verdad? Aunque... eso depende...

Esta es una muestra del libro  
en la que se despliega  
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo  
en la [Librería UCR](#).

LIBRERÍA  
  
UCR